

Juntos

Cuando habíamos terminado de meter en bolsas toda la ropa que ya no nos servía, de hacer cajas con libros y juegos que sabíamos que no íbamos a volver a usar, de vaciar y limpiar todos los armarios de la cocina, y hasta de limpiar las lámparas, las ventanas, los rodapiés de toda la casa y la parte alta de las puertas, se me ocurrió que podíamos ir todos juntos al desván, a jugar en ese pueblo inventado que habíamos construido Samuel y yo, aprovechando que el pueblo verdadero estaba cerrado. A papá y mamá les pareció una buena forma de pasar el tiempo juntos a la espera del reencuentro con la vida normal. Papá escogió la panadería que tenía su casa en el obrador, mamá la discoteca con el cuarto de los murciélagos como casa, Samuel eligió la tienda de alimentación y la casita en el altillo, y yo me quedé con el restaurante y la casa con el único balcón del desván. Seguían intactas las piñas de millo vacías de granos metidas en sacos imitando panes, algunos botes con arroz y macarrones, y los trozos de ladrillo con distintos envoltorios como si fuesen chocolatinas Tirma, chicles o polos de Kalise. Solo tuvimos que bajar a por hojas de castaño para tener filetes en el restaurante.

Pasábamos todas las tardes juntos, jugando. Yo iba a la panadería y allí me atendía papá mientras hacía que amasaba harina con agua. Descubrí que papá era muy tímido, porque al principio le daba mucha vergüenza inventarse las conversaciones y hasta se ponía rojo como una remolacha. Después de la panadería, iba a la tiendita de Samuel, donde coincidía con mamá haciendo su compra para la discoteca. Mamá resultó ser muy graciosa, contando chistes todo el rato. Samuel y yo no podíamos entender por qué no nos habíamos dado cuenta antes de la timidez de papá y la chispa de mamá. Más tarde, venían todos a cenar al restaurante y, al final, el juego siempre terminaba igual, todos juntos bailando en la discoteca de mamá.

Solo parábamos a las siete, para salir al balcón a aplaudir, como gesto de gratitud, a toda esa gente que mamá decía que habían mostrado el valor y la solidaridad de enfrentarse al virus y luchar para combatirlo. Pero yo solo deseaba que pasasen rápido los aplausos y la canción esa que siempre ponía algún vecino, para volver al desván, los cuatro juntos.

Después de algunas semanas, empezamos a oír en las noticias que ya se podía salir a la calle, que habían abierto casi todo, menos los colegios y los bares, y que la mayoría de la gente había vuelto a trabajar como antes. Pero papá y mamá no habían vuelto a sus trabajos.

Nosotros, por si acaso, todos los días borrábamos de sus móviles los mensajes con ofertas de trabajo del paro y nos asegurábamos de tirar todas las cartas que llegaban al buzón.

Y así seguían los días, los cuatro juntos en el desván.